

Prefacio

«Los psicólogos han descubierto en repetidas ocasiones que la heterosexualidad no es positiva para las mujeres», declaran las primeras páginas de un libro feminista publicado recientemente sobre el tema. «En las raras ocasiones en que se cuestiona la heterosexualidad de las feministas», se burlan sus editoras, «tienden a describir lo miserables que son».¹ Este menosprecio casual, además de la actitud defensiva en lo que se refiere a la heterosexualidad, ha estado presente durante demasiado tiempo en el feminismo. Este libro mostrará por qué estas posiciones son tan improductivas como insensatas, y cómo la reivindicación de la agencia sexual de las mujeres heterosexuales puede ayudar a revivir una cultura y una política feministas más ricas e inspiradoras.

Algunas lesbianas radicales han instado recientemente a las mujeres heterosexuales a «salir del armario». Seguimos esperando, se quejan, a que habléis de vuestra sexualidad: «dejad de generalizar y concretad»². Como de costumbre, el silencio, uno que ya me esperaba, dio la bienvenida a un desafío. Sin embargo, este es un fenómeno extraño para las feministas con una memoria más larga, también

- 1 Kitzinger, C., y Wilkinson, S. (1993), «Theorizing Heterosexuality: Editorial Introduction», en Wilkinson, S., y Kitzinger, C. (eds.), *Heterosexuality: A Feminism and Psychology Reader*, Sage, Londres, p. 12.
- 2 Ardill, S., y O'Sullivan, S. (1998), «Sex in the Summer of '88», *Feminist Review*, n.º 31, primavera de 1989, p. 133.

para aquellas que se han resistido fervientemente al ruido y la furia de los últimos quince años. ¿Cómo es posible que un movimiento que surgió del radicalismo sexual y del pensamiento utópico de la contracultura de los años sesenta, y que obtuvo su fuerza inicial de ellos, terminase produciendo tantas personas que acabarían guardando silencio sobre las cuestiones del sexo y del amor?

La liberación de la mujer fue uno de esos movimientos posteriores a los años sesenta a los que les gustaba pensar que continuarían como habían empezado, acogiendo a todas las mujeres para que compartieran sus experiencias sobre lo que más les preocupaba y conmovía en su vida cotidiana. La lucha contra la hipocresía sexual y a favor de la apertura y el placer sexuales proporcionó gran parte de esta inspiración inicial. Las mujeres decidieron que el placer era tanto una cuestión social y política como personal, cuestiones que no solo fueron fundamentales en la génesis del feminismo, sino que siguen siéndolo en la vida de la mayoría de las mujeres de hoy.

En los primeros años del Movimiento de Liberación de la Mujer (WLM, por sus siglas en inglés), el derecho de las mujeres al placer y a la satisfacción sexual, en sus propios términos, simbolizaba su derecho a la autonomía y a ser ellas mismas. Desde hace más de una década, sin embargo, se ha producido un alejamiento de ese radicalismo en favor de un sombrío conservadurismo sexual. Algunos de los escritos más enérgicos e influyentes que pretenden hablar en nombre del feminismo presentan la heterosexualidad como algo que, inevitablemente, es incompatible con los intereses de las mujeres; ya sea por parte de Catharine MacKinnon y Andrea Dworkin en los EE. UU., o de poderosos grupos de activistas y académicas en Gran Bretaña y otros lugares. La autonomía y la individualidad se han vuelto en contra de la idea del placer sexual. Se considera que los discursos y la iconografía sexual vinculan con la sumisión las concepciones dominantes de la sexualidad femenina, y por tanto de la identidad.

De hecho, las instituciones y relaciones heterosexuales, que van desde el matrimonio y la pareja hasta los romances adolescentes, siempre han sido más contradictorias de lo que sugiere nuestra concepción dominante de ellas, al menos, en términos de poder masculino y subordinación femenina. ¡Pocas veces ha sido esto más cierto que

a día de hoy! (¿Cuántas de las lectoras y defensoras de MacKinnon y Dworkin siguen, como ambas autoras, teniendo relaciones íntimas con hombres?). Sin embargo, irónicamente, es el propio feminismo (o algunas corrientes del mismo) el que actualmente está reafirmando los lazos entre la heterosexualidad y la subordinación de las mujeres. Si realmente no podemos ofrecer una respuesta a gran parte de la experiencia sexual de las mujeres, al margen de condenarla como parte de un orden social represivo, solo podemos desalentar en lugar de inspirar a la mayoría de las mujeres.

La derecha siempre ha sabido entender la conexión entre la vida personal y la política. Nunca ha cesado en su labor de movilizarse contra la autonomía sexual de las mujeres, contra el aborto, contra la homosexualidad, contra el divorcio y la educación sexual, y en realidad contra todo lo que contribuya a socavar el control de los hombres sobre la sexualidad de las mujeres. En la cultura occidental contemporánea, en la que invertimos tanto empeño en nuestra sexualidad, pocas cosas son más fáciles de hacer que convertir las ansiedades sociales en miedos y pánicos sexuales. Cuando las feministas de hoy abandonamos nuestro entusiasmo por el placer y la apertura sexual, rechazando los discursos habituales sobre la «liberación sexual» de las mujeres con una risita irónica o con un suspiro nostálgico (cuando no alimentando la retórica de la denuncia), participamos en la enérgica reacción contra los logros que las feministas han alcanzado.

Los primeros capítulos de este libro exploran los cambios y divisiones en el pensamiento y la práctica feministas en torno a la sexualidad y el deseo desde la década de 1960. Es una narración compleja, que se cuenta mejor desde varias perspectivas diferentes. Las feministas han utilizado y contribuido a transformar todos los marcos de comprensión de la sexualidad humana; desde la sexología hasta el psicoanálisis, desde la teoría del discurso hasta la deconstrucción. Los capítulos 3, 4 y 5 examinan lo que han extraído y aportado estos intercambios a las posiciones teóricas. Mi objetivo es repensar la heterosexualidad y, de paso, todas las demás sexualidades. Puede que las feministas heterosexuales hayan sucumbido, en general, a la presión de guardar silencio sobre la búsqueda de sus placeres sexuales y se hayan doblegado ante las apasionadas campañas contra el abuso

sexual de las mujeres por parte de los hombres y la mercantilización de la sexualidad femenina, pero otras mujeres, junto con algunos hombres homosexuales, han tenido cosas más positivas –aunque polémicas– que aportar al debate. En el capítulo 5 analizaré el complejo legado del pensamiento gay y lésbico, así como su contribución a un replanteamiento de la sexualidad en general, sintetizado en la nueva «teoría queer».

Los estudios y escritos sobre lesbianas y gays están floreciendo en las instituciones académicas y en las editoriales mainstream, desafiando la «matriz heterosexual» que vincula sexo y género. Constituyen un nuevo campo rico y apasionante de trabajo teórico interdisciplinar sobre la sexualidad. Este trabajo surge de la política sexual de las luchas y la autorreflexión de gays y lesbianas, que sigue siendo confiada y activa. Las lesbianas y los gays, quienes antes eran simplemente objeto de la mirada médica y de sus sistemas científicos de clasificación, cada vez marcan más una agenda en la que «se interroga a los interrogadores», y la heterosexualidad obligatoria, el heterosexismo y la vinculación de la sexualidad al género se convierten en el problema.³

Sin embargo, como queda claro en el capítulo 6, décadas de activismo feminista aún no han producido el mismo tipo de cambio que dé la vuelta a la mirada masculina y a su construcción fálica de la heterosexualidad. Por el contrario, las discusiones feministas contemporáneas se han visto bloqueadas por el lenguaje negativo y reactivo de las campañas antipornográficas de los años ochenta. A pesar de la preocupación experta de los sexólogos por el placer femenino, tanto las voces dominantes como las disidentes que abordan la heterosexualidad siguen presentando a los hombres como los agentes activos del deseo y a las mujeres como objetos pasivos. Esas imágenes de la pasividad femenina alimentaron los primeros movimientos feministas, lo que llevó a reivindicar una sexualidad activa y autónoma que terminó construyendo una noción de práctica sexual «lesbiana», la cual se tornó en ejemplar para las feministas.

3 Fletcher, J. (1991), «Perverse Politics», *Institute of Contemporary Arts* [ponencia], 24 de octubre de 1991.

En el centro del problema se encuentra la polaridad de «activo» y «pasivo» que, ligada a la de «masculinidad» y la «feminidad» a través de la concepción actual de la heterosexualidad, debe ser cuestionada si queremos cambiar las opresivas jerarquías culturales de género y sexualidad. En contra de los escritos feministas que, en la medida en la que han «teorizado» la heterosexualidad, sugiriendo que nunca podremos escapar de sus significados «pasivos» y «subordinantes» para las mujeres, afirmamos que en realidad hay poco firmemente «oposicional» o «hetero» sobre la diferencia sexual o el acto sexual. Conceptualmente, cada lado de este binomio es inseparable de su opuesto, y los dos polos de actividad y pasividad colapsan continuamente el uno en el otro. Desde el punto de vista psíquico, una vez que decidimos mirar, descubrimos que el placer sexual, arraigado como está en las experiencias de la infancia, consiste tanto para los hombres como para las mujeres en dejarse llevar y perder el control. La sexualidad es, por tanto, un lugar para la vulnerabilidad tanto masculina como femenina. El más mínimo atisbo de la complejidad de las actividades sexuales reales de hombres y mujeres sugiere que el sexo heterosexual puede no ser más afirmativo de las posiciones normativas de género (y, por tanto, no menos «perverso») que sus alternativas gays y lesbianas.

En lugar de culpabilizar a las mujeres heterosexuales, las feministas harían mejor en reclutarlas para la «transformación» de las concepciones tradicionales del género y la sexualidad. La aparente rigidez que tiene el simbolismo de género sobre el acto sexual sigue siendo un factor cultural y psíquico fundamental que priva a las mujeres del sentido de la agencia sexual. Para abordar este problema, debemos cuestionar todas las formas en que los cuerpos de las mujeres se han codificado como exclusivamente «pasivos», «receptivos» o «vulnerables». Pero también debemos analizar el deseo heterosexual *masculino*, pues ambos están inextricablemente entrelazados. La sexualidad femenina «activa» está estrechamente ligada a la posibilidad de reconocer la «pasividad» negada de la sexualidad masculina. Centrarse en las ambigüedades sexuales de los cuerpos masculinos puede alterar las idealizaciones culturales dominantes del poder «fálico». La idea de que los hombres están motivados únicamente

por una suerte de agresión sádica no es más que la forma en que se afirma en la actualidad aquello que se pretende lamentar.

En el último capítulo, sin embargo, veremos por qué rehacer la experiencia heterosexual de las mujeres implica una lucha tanto material como cultural en un momento en el que se han producido grandes cambios en la vida de las mujeres dentro de las sociedades occidentales. Pero este ritmo, que es desigual, inhibe las posibilidades de cambiar el contexto social de las relaciones heterosexuales, manteniendo muchas de las vulnerabilidades existentes de las mujeres y alentando su frecuente dependencia hacia los hombres. Las inestabilidades del cambio pueden desencadenar la desilusión de las mujeres, incluso cuando su creciente independencia es vista por muchos hombres –y por algunas mujeres– como una amenaza a los antiguos regímenes de género instaurados por el matrimonio y al privilegio masculino. Ese miedo al cambio provoca ataques conservadores contra el feminismo –que se observan con mayor claridad en los EE. UU.–, lo que a su vez alimenta el pesimismo político. La política sexual es, por tanto, inseparable de la lucha de las mujeres en todos los frentes feministas.

Las crisis, los descontentos personales y sociales, surgen de la sexualidad y se trasladan a ella. A menos que las feministas animemos a las mujeres a afirmar un sentido de agencia en sus actividades sexuales, no podremos reivindicar en absoluto la agencia de las mujeres. Si la sexualidad heterosexual es inevitablemente subordinante para las mujeres, el lesbianismo se convierte en una mera reacción defensiva, no en una alternativa adoptada libremente. Explorar las distintas formas en que los placeres y los dolores de la sexualidad siguen siendo cuestiones públicas puede, en mi opinión, volver a motivar una política progresista para los retos de nuestro tiempo. Sin embargo, para averiguar cómo podríamos repensar y renovar las –en algún momento– apasionadas esperanzas de liberación sexual de las feministas por segunda vez, tenemos que partir de donde empezó todo: en los años sesenta.